

La página viva

La señal de una fugaz mirada

José de la Colina

AÑO NUEVO

A LA VITA

Estaba sola. Al pasar, en una estación del metro de París vi que daban las doce de la noche. Era muy desgraciada; por otras cosas. Las lágrimas comenzaron a correr, silenciosas.

Me miraba. Era un negro. Íbamos los dos colgados, frente a frente. Me miraba con ternura, queriéndome consolar. Extraños, sin palabras. La mirada es lo más profundo que hay. Sostuvo sus ojos fijos en los míos hasta que las lágrimas se secaron. En la siguiente estación, bajó.

Inés Arredondo, *Río subterráneo*, editorial Joaquín Mortiz, 1979

A Inés Amelia Camelo Arredondo (Culiacán, Sinaloa, 1928-Ciudad de México, 1989), que al inventarse en escritora decidió adoptar el *nom de plume* Inés Arredondo, le interesaba escribir historias vividas o imaginadas que sucediesen, no en el mero texto, sino entre el texto y el lector, y en las que hubiera una *señal* implícita que expresara, ella decía, el misterio y lo sagrado de las comunes o difíciles relaciones entre los seres humanos. Y esta virtud la ejemplariza “Año Nuevo”, un relato que no ofrece más historia narrada que la de un fugaz y a la vez intenso intercambio de miradas.

Que yo sepa, hubo por lo menos dos modos de este relato cuya *señal* vibra, implícita, bajo la verbal línea de flotación, y que invita, ¿o desafía?, a que la interprete el lector.

El primer modo de “Año Nuevo” fue sólo una anécdota en el curso de un mar-

ginal, espontáneo relato oral de Inés en una de las tardes sabatinas de los años sesenta en que ella, Tomás Segovia, Juan García Ponce, Huberto Batis, Juan Vicente Melo, Gabriel Zaid, Isabel Fraire y yo nos reuníamos en una salita recóndita de la Casa del Lago de Chapultepec a idear otro número de la *Revista Mexicana de Literatura*, fundada por Fuentes y Carballo, continuada por Alatorre y Segovia, y en su tercera etapa, por nosotros bajo la dirección de García Ponce y la administración de Zaid.

Apenas había acabado Inés de contar-nos una experiencia suya vivida en el metro de París, Melo se medio irguió del sillón en el que acostumbraba mantener la horizontalidad aun durante las más animadas de nuestras reuniones, y exclamó:

—¡Es un cuento genial/sensual, mamacita, y tienes que escribirlo!

(Para Juan Vicente todo aquello que lo emocionase era “genial/sensual”).

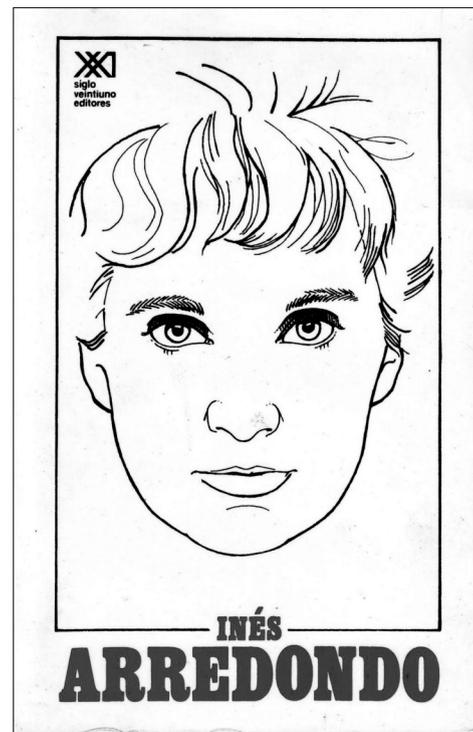
Aunque todos nos unimos a la exaltación de Melo, Inés susurró como en una actitud a la defensiva:

—Pero si no sucede nada, no es más que un momento, sólo una anécdota, y no se me ocurre cómo desarrollarla literariamente.

Y Juan García Ponce sentenció:

—Inés, así como lo has contado ya es un cuento bue-ní-si-mo. Escríbelo tal cual, y te prohibo que lo echés a perder “desarrollándolo literariamente”.

El segundo modo del breve relato (no un minicuento, que es cosa de otras “leyes” genéricas y que se pondría en boga en décadas posteriores) apareció publicado unos meses, ¿o años?, después en alguna revista o en algún suplemento de un periódico, y luego en el segundo de los tres libros de cuentos de Inés: *Río subterráneo*, de 1979. La autora había transcrito el suceso tal como



nos lo había narrado oral y coloquialmente. Sólo había añadido la frase de comentario interno (“La mirada es lo más profundo que hay”), la sonrisueña dedicatoria en italiano (“A la Vita”) y el título, “Año Nuevo”, que ya es el comienzo del relato, pues lo sitúa en una no precisada fecha ritual y en un “ambiente”. Y puede decirse que todo el breve texto, en cuya aparente llaneza hay una vibración emotiva que se prolonga más allá de lo sucintamente narrado, es una *señal* que el lector debe interpretar. (Señal: palabra dilecta de Inés. Su primer libro de cuentos se tituló *La señal*).

En “Año Nuevo” no hay más acción ni más humana relación que ese silencioso, solidario diálogo de miradas entre dos personajes mutuamente desconocidos, uno de los cuales asume en primera persona la función narrativa. En realidad, las dos miradas vienen a ser una sola: la intercambiada fugaz mirada de íntima solidaridad que se habría extinguido en lo no narrado si Inés, buscadora de señales interrogativas más que significantes, no la hubiera transcrito en un tranquilo y a la vez tenso relato. **U**